

FUENTES

Rufino de Aquileya: *Historia de los monjes en Egipto*¹ *Historia Monachorum in Aegypto* Capítulos IV-VIII

IV. Sobre *abba* Beno²

1. Vimos también otro anciano que sobresalía entre todos los hombres por la mansedumbre, de nombre Beno, de quien los hermanos que estaban con él afirmaban que nunca había salido de su boca un juramento ni una mentira, y que ningún hombre lo había visto nunca enojado o pronunciando en alta voz una palabra superflua y ociosa³.

¹ Continuación del texto publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 232 (2025), pp. 95-111; n. 233 (2025), pp. 197-250.

² Este anciano es llamado *abba* Bes en el texto griego de la *Historia monachorum*.

³ Cf. Mt 12,36; 1 Tm 4,7; Ef 4,29.

1. Además, conocimos a otro anciano que aventajaba a todos los hombres en mansedumbre, de nombre *abba* Bes, de quien los hermanos de su alrededor afirmaron que nunca hizo juramento, ni jamás dijo mentiras, ni se encolerizó contra nadie, ni increpó a nadie en ninguna ocasión.
2. En cambio, su vida estaba en el máximo silencio, sus costumbres [eran] tranquilas y en todos los [aspectos] [era] un hombre de orden casi angélico, [su] humildad [era] también inmensa y en todo se consideraba a sí mismo como nada. Al rogarle nosotros insistentemente oír de él alguna palabra de edificación, al fin apenas pudimos conseguir que nos dijera unas pocas [cosas] sobre la mansedumbre.
 - 1-2. Su vida era bastante tranquila y su carácter virtuoso, al tener una naturaleza angélica. También era bastante humilde y se menospreciaba a sí mismo. Cuando nosotros le rogamos que nos transmitiese enseñanzas edificantes, apenas permaneció para explicarnos sólo unas pocas cosas relativas a la mansedumbre.
3. Una vez éste, cuando una bestia que se llama “hipopótamo” asolaba una región cercana y vecina a él, solicitado por los campesinos, llegó hasta el lugar. Y, al haber visto a la bestia enorme, le dijo: “Te ordeno en nombre de Jesucristo que no devastes más esta tierra”.
 3. Bes se estableció en la zona, porque los labradores le llamaron. Como un hipopótamo hacía estragos en la región cercana, cuando Bes vio a la mole de animal, le ordenó con una mansa voz: “Te ordeno en el nombre de Jesucristo que nunca más hagas daño a la aldea”.
4. Entonces ella, como ahuyentada por un ángel que la perseguía, no apareció por absolutamente ningún lugar. Decían que de modo similar también había sido ahuyentado un cocodrilo por él.
 3. Y el animal, como desterrado por un ángel, desapareció completamente del lugar. De la misma manera echó, en otra ocasión, a un cocodrilo.

V. Sobre Oxirrincó

1. Llegamos a cierta ciudad de la Tebaida, de nombre Oxirrincó, en la cual descubrimos tan grandes bienes de la religión que nadie se basta para narrar[los] con entera dignidad. En efecto, la vimos colmada de monjes por dentro y, por fuera, rodeada de todas partes.

1. También nos acercamos a Oxirrincó, una ciudad de la Tebaida, cuyas maravillas no es posible relatar según se merece. Pues está en su interior tan llena de monasterios que las murallas resuenan por el sonido de sus monjes y fuera está rodeada por otros monasterios. Por esto hay otra ciudad exterior aneja a ésta.

2. Los edificios públicos, si había alguno en ella, y los templos de la antigua superstición eran ahora moradas de monjes, y por toda la ciudad se veían muchos más monasterios que casas.

2. Además, las iglesias y los capitolios de la ciudad estaban llenos de los monjes y, en cada parte de la ciudad, vivían ellos.

3. En la ciudad misma, que es muy extensa y populosa, hay doce iglesias, en las cuales se realiza la asamblea pública del pueblo, exceptuando los monasterios, en cada uno de los cuales hay una casa de oración.

3. Como era la ciudad más grande de la región, en ella había doce iglesias, donde las multitudes se congregaban, y había oratorios de los monjes en cada monasterio.

4. Pero ni las mismas puertas, ni las torres de la ciudad, ni ningún rincón de ella está totalmente libre de moradas de monjes. Éstos, dando a Dios himnos y alabanzas por todas las partes de la ciudad durante día y noche, hacen de toda la ciudad casi una iglesia de Dios.

3-4. Casi eran más los monjes que los seglares que vivían en las entradas de la ciudad y en las torres de las puertas. Se decía que dentro había cinco mil monjes y otros tantos en los alrededores. No había hora, ni de día ni de noche, en la que no rindieran culto a Dios.

5. En efecto, allí no se encuentra ningún hereje o pagano, sino que todos los ciudadanos son cristianos, todos son católicos, de modo que no hay absolutamente ninguna diferencia si el obispo fija la oración en la plaza o en la iglesia.

4-5. No quedaba, en efecto, ningún habitante herético ni pagano en la ciudad, sino que todos los ciudadanos por igual eran fieles y catecúmenos, hasta el punto de que el obispo pudo dar la paz al pueblo en la plaza principal.

6. Los mismos magistrados y principales de la ciudad, y los demás ciudadanos afanosamente establecen en cada puerta a quienes deben observar que, si aparece algún extranjero o algún pobre, conducido este con empeño al que lo divisó primero, se le consiga lo necesario.

5. Los magistrados y arcontes, que ofrecían dádivas a la gente, permanecían vigilantes a las puertas por si un extranjero pobre aparecía alguna vez, para que fuera llevado ante él y recibiera limosna para su consuelo.

7. ¿Cómo podría narrar completamente sobre lo que fue hecho para con nosotros por las multitudes mismas, cuando nos veían pasar por su ciudad y salían a nuestro encuentro como ángeles y nos rendían honores?

5. ¿Y qué podría decir cualquiera de la piedad de las gentes que nos veían a nosotros, extranjeros caminando a través del ágora, y que se nos acercaban como a los ángeles?

8. ¿O sobre los mismos monjes y vírgenes de los cuales, como dijimos antes, hay incontables multitudes en aquella ciudad? En efecto, al preguntarle al santo obispo de aquel mismo lugar, hallamos que allí se cuentan veinte mil vírgenes y diez mil monjes.

5-6. ¿Y qué podría decir alguien de la multitud incontable de monjes y vírgenes excepto que hablemos de cuantos nos informamos con exactitud por el santo obispo de allí? Por una parte, diez mil son gobernados por él y, por otra, [hay] veinte mil vírgenes.

9. La palabra no alcanza para exponer el afecto de todos ellos para con nosotros y el honor que nos manifestaban, y la vergüenza no permite [exponer] cómo se rasgaban nuestros palios, al arrastrarnos cada uno de ellos hacia sí y deseando llevar[nos] en su dirección.

6. En cuanto a la hospitalidad y caridad que tenían, me es imposible de explicar, pues quedaban rasgados nuestros mantos cuando tiraban de cada uno de nosotros hacia ellos.

10. Allí vimos también a muchos de los santos padres que tenían diversas gracias de Dios, unos en la palabra de Dios, otros en la abstinencia, otros sirviendo en signos y prodigios.

7. Y allí conocimos a muchos y grandes padres con dones diversos, unos en la palabra, otros en el modo de vida y otros en milagros y señales.

VI. Sobre Teón

1. Vimos también, no lejos de la ciudad hacia la parte que se extiende al desierto, a otro de nombre Teón, hombre santo, solitario encerrado en su celdita, de quien se contaba que había mantenido continencia de silencio por treinta años y que hacía tantos prodigios que era considerado un profeta entre aquellos.

1. Conocimos a otro monje en el desierto, no lejos de la ciudad [de Oxirrínco], llamado Teón, un hombre santo que permaneció solo en un pequeño habitáculo practicando el silencio durante 30 años. A éste, por haber realizado milagros grandiosos, la gente lo consideraba un profeta.

2. En efecto, cada día acudía a él una gran multitud de enfermos; a éstos, extendiendo la mano por la ventana y poniéndola encima de la cabeza de cada uno, y bendiciéndolos, volvía a enviarlos sanos de toda enfermedad.

1. Por la mañana, la multitud de los enfermos se dirigía a él y, gracias a que a través de la pequeña ventana les imponía las manos, los mandaba marchar sanos.

3. Éste también era tan honorable por su mismo aspecto y llevaba tanto de reverencia en el rostro que semejaba un ángel entre los hombres, tan alegre de ojos y lleno de toda gracia aparecía.

1. Y era digno de ver el rostro angelical que tenía, que agradaba por su mirada, y todo él estaba lleno de abundante gracia.

4. Cuando poco tiempo antes, como supimos, unos ladrones cayeron sobre él creyendo que encontrarían oro en su casa, los encadenó solamente con la oración de modo tal que, fijados a su puerta, no podían moverse de ningún modo. Por la mañana, cuando acudieron a él las multitudes como es habitual y vieron a los ladrones junto a su puerta, querían entregarlos al fuego.

2. Durante no mucho tiempo, se dirigieron contra él desde lejos por la noche unos ladrones que querían matarlo, con la idea de que encontrarían bastante oro en su casa. Él hizo una súplica y permanecieron inmóviles ante su puerta hasta el amanecer. Cuando llegó la muchedumbre por la mañana decidió arrojarlos al fuego.

5. Pero él, obligado por la necesidad del caso, solo les dijo una palabra: “Dejen que éstos se vayan sin daño, de otro modo la gracia de sanaciones⁴ huirá de mí”. Las masas, cuando oyeron esto, no atreviéndose a contradecirlo, los dejaron ir.

2. Teón, en esa tesitura, les dijo esta única frase: “Dejen que se vayan sanos y salvos; en caso contrario, el don de las curaciones me abandonará”. Y, al momento, la gente obedeció, sin atreverse a contradecirle.

⁴ Cf. 1 Co 12,9.

6. Mas los ladrones, al ver lo que se había obrado con ellos, rechazada la voluntad de crímenes y haciendo penitencia de los males pasados, se acogieron a monasterios cercanos y allí adoptaron una forma y un modo de vida más enmendada.

2. Acto seguido los ladrones vivieron con los monjes en los monasterios de alrededor, cambiando su costumbre y arrepintiéndose de sus actos pasados.

7. El hombre antedicho era instruido no solo en la lengua de los egipcios y la de los griegos, sino también en la de los latinos, como supimos por él mismo y por los que estaban con él. Y también él mismo, deseando aligerar y aliviar el trabajo de nuestra peregrinación, nos mostró la gracia y doctrina de su lenguaje escribiendo en una tablilla.

3. También Teón estaba instruido por gracia en la lectura de las tres lenguas, griego, latín y copto, según supimos a través de muchos testigos y de él mismo. Pues al darse cuenta de que éramos extranjeros, dio gracias a Dios por nosotros, escribiéndolo en una tablilla [en nuestra lengua].

8. La comida de él era sin obra del fuego.

4. Comía semillas que no necesitaban ser cocidas.

9. Decían que, marchando hacia el desierto también de noche, se servía de una abundante comitiva de bestias del desierto. Él mismo, tomando agua de su pozo y ofreciéndoles unos tragos, recompensaba el esfuerzo de su servicio. Y de este hecho se daba el indicio evidente de que en torno a su celdita se hallaban muchísimas huellas de búfalos, cabras y asnos salvajes.

4. Y, según cuentan, salía por la noche de la celda, se reunía con los animales salvajes y les daba de beber del agua que tenía, pues se podían ver las huellas de antílopes, asnos salvajes, gacelas y otros animales alrededor de su morada, con los que siempre se divertía.

VII. Sobre Apolonio⁵

La morada de Apolonio

1,1. Vimos también otro santo varón de nombre Apolonio, en la Tebaida en los territorios de Hermópolis, ciudad a la cual, cuentan, el Salvador fue con María y José conforme a la profecía de Isaías que dice: *He aquí que el Señor se sienta sobre una nube ligera y vendrá a Egipto y se conmovieron las manufacturas de los egipcios ante su faz y caerán en tierra*⁶.

1. Visitamos a otro santo de nombre Apolo, en los límites de Hermópolis en la Tebaida, donde el Salvador con María y José fueron socorridos, cumpliéndose así la profecía de Isaías que dice: *He aquí que el Señor está sentado sobre una nube ligera, entrará en Egipto, los ídolos de Egipto temblarán ante su rostro y caerán a la tierra.*

1,2. Así pues, vimos allí al mismo templo en el cual recuerdan que, al entrar el Salvador, todos los ídolos se derrumbaron en tierra y se hicieron añicos.

1. De hecho, vimos allí el templo donde, tras entrar el Salvador en la ciudad, todos los ídolos cayeron a tierra ante su presencia.

1,3. Entonces vimos al hombre mencionado que tenía monasterios en el desierto vecino bajo cierto monte; era, pues, padre de unos cincuenta monjes y era considerado muy famoso en todos los territorios de la Tebaida

2. En efecto, conocimos a este monje, padre de quinientos monjes, en un desierto que albergaba monasterios cerca del monte. Él era famoso en la Tebaida.

⁵ El texto griego de la *Historia monachorum* presenta en el capítulo siete a *abba* Elías, que Rufino trae en el capítulo 12. Y Apolonio es Apolo en el cap. 8 de aquella edición.

⁶ Cf. Is 19,1.

1,4. En efecto, eran grandes sus obras y *Dios hacía por su intermedio muchísimos milagros, signos y prodigios*⁷.

2. Y tenía en su haber grandes obras, pues el Señor, a través de él, hacía muchos milagros y realizaba numerosísimas señales.

1,5. Pues, criado desde niño en la abstinencia, cuando llegó a la edad madura siempre creció junto con él la gracia de Dios⁸.

2. Como desde la infancia había dado muestra de mucha ascesis, al final de su vida alcanzó tal don.

1,6. Tenía casi ochenta años cuando lo vimos esplendoroso en la congregación de monasterios. Y también los mismos que parecían ser discípulos suyos eran tan perfectos y magníficos que casi todos podían hacer signos.

2. Con ochenta años organizó por sí mismo un gran monasterio de quinientos hombres perfectos, siendo casi todos capaces de realizar señales.

Los inicios de su congregación

2,1. Así pues, contaban que a los quince años se había apartado al desierto y decían que allí, habiendo estado cuarenta años *viviendo entre ejercicios espirituales*⁹, le llegó la voz de Dios que [le] dijo: “Apolonio, *por medio de ti perderé la sabiduría de los sabios en Egipto y condenaré la inteligencia de los prudentes*¹⁰. Perderás para mí también a los que entre ellos mismos

⁷ Hch 2,22.

⁸ Cf. Lc 2,40.

⁹ 2 M 6,23.

¹⁰ Is 29,14; 1 Co 1,19.

son sabios de Babilonia¹¹ y socavarás todo culto de los demonios. Ahora, entonces, marcha a lugares habitables, *pues engendrarás para mí un pueblo sustancial, perfecto, imitador de las buenas obras*¹².

3. Apolo, que se había retirado del mundo con quince años, cumplió cuarenta en el desierto y practicó con acribia todo tipo de virtud, hasta que le pareció oír la voz de Dios diciéndole: “Apolo, Apolo, por medio de ti *anularé el saber de los sabios egipcios y descartaré la cordura de los cuerdos*. Y además de a éstos, destruirás para mí a los sabios de Babilonia y harás desaparecer toda la idolatría demoníaca. Ahora, ve al mundo, pues harás crecer para mí un *pueblo elegido, celoso de buenas obras*”.

2,2. Pero él dijo en respuesta: “Señor, quita de mí la jactancia, no sea que, engreído sobre mis hermanos, me caiga de todos tus bienes”.

4. Y él respondió: “Aparta de mí, Señor, el orgullo, no sea que al encumbrarme de algún modo más allá de la fraternidad, sufra la pérdida de todo el bien que he hecho”.

2,3. La voz divina le respondió a su vez: “Dirige tu mano a la nuca, aprieta lo que agarres y entiérralo en la arena”. Y él, sin demora, llevada la mano a su nuca, agarró como un etíope pequeñito y enseguida lo enterró en la arena mientras éste gritaba y decía: “Yo soy el demonio de la soberbia”.

4. Y, de nuevo, la divina voz le contestó: “Echa mano a tu cuello, abatirás y enterrarás el orgullo en la arena”. Y al punto, al echarse la mano al cuello, tomó a un pequeño etíope y lo enterró en el desierto, mientras éste gritaba: “Yo soy el demonio de la arrogancia”.

¹¹ Cf. Dn 2,12. 24; 4,3; 5,7.

¹² Tt 2,14; cf. Dt 7,6.

2.4. Después de esto se hizo la voz de Dios hacia él diciendo: “Ahora ve; en efecto, *todo lo que pidas a Dios lo conseguirás*¹³”. Así pues, después de esto, aquel se marchó a esos lugares en donde habitaban los hombres. Y esto sucedió en los tiempos del tirano Juliano¹⁴.

4. Una vez más hubo una voz que le dijo: “Vete, porque todo lo que pidas a Dios, se te dará”. Y él, al instante, tras oírlo, marchó al mundo en la época del tirano Juliano y, durante un tiempo, caminó por el desierto cercano.

2,5. En aquellos lugares había cierta cueva cercana al desierto, en la cual empezó a morar ocupándose día y noche sin interrupción en oraciones, y de ellas, como decían, hacía cien por día y otras tantas en el tiempo de la noche, doblando las rodillas.

5. Tras ocupar una pequeña cueva, se quedó allí al pie del monte. Su trabajo era durante todo el día dar gracias a Dios, doblando las rodillas cien veces por la noche y otras tantas por la mañana.

2,6. Se servía más del alimento celestial que del humano. Su vestimenta era una túnica de estopa con mangas cortas que entre ellos se llama “lebes”¹⁵, y un lienzo con el que envolvía el cuello y la cabeza. Y sin embargo dicen que estas vestimentas resistieron sin desgastársele nunca en el desierto¹⁶.

5-6. Su alimento, mientras tanto, como al principio, era milagrosamente suministrado por Dios pues en el desierto se le proporcionaba por medio de un ángel. Su vestido era la túnica sin mangas, como algunos designan al *colobion*, y un pequeño trozo de tela sobre su cabeza. Estas prendas le duraron en el desierto sin estropearse.

¹³ Jn 11,22.

¹⁴ Juliano el Apóstata, así llamado por haber renegado del cristianismo y pretender reinstaurar la antigua religión romana, fue emperador desde el 361 hasta el 363.

¹⁵ Túnica de mangas cortas o sin mangas. *Colobium* (*colobion* en griego).

¹⁶ Cf. Dt 8,2-6.

2,7. Así pues, estaba en un lugar cercano del desierto *ocupándose en la virtud del Espíritu*¹⁷, haciendo signos y sanaciones admirables, y no será suficiente ninguna voz para narrarlas totalmente en razón de su inmensidad, como descubrimos por los ancianos que estaban con él.

7. Así pues, estaba en el desierto más cercano al mundo, viviendo en el poder del Espíritu y llevando a cabo señales y curaciones milagrosas, las cuales nadie podría describir por lo sublime de la maravilla, según oímos de los ancianos que estaban con él, los cuales también eran perfectos y guías de una numerosa fraternidad.

2,8. Y, al haberse divulgado sobre él una magnífica fama, habiendo empezado a ser considerado como un profeta o un apóstol en la admiración de todos¹⁸, acudían a él monjes de las regiones vecinas, desde diversos lugares, y cada uno presentaba su propia alma como gran don para su propio padre.

8. En efecto, Apolo pronto se hizo célebre, como si se tratara de un nuevo profeta y apóstol que hubiera visitado nuestra generación. Y, puesto que se expandió una gran fama sobre él, todos los monjes que permanecían dispersos en derredor se acercaban siempre a Apolo, como a un padre legítimo, ofreciendo sus propias vidas como regalos.

2,9. Él, por su parte, recibiendo a cada uno de ellos con toda atención, incitaba a unos a obrar bien, a otros a comprender bien, pero antes él mismo mostraba con ejemplos lo que quería enseñar con palabras.

8. Mientras él exhortaba a unos a la contemplación, a otros les aconsejaba seguir la virtud práctica, mostrando primero de hecho lo que de palabra recomendaba hacer.

¹⁷ Lc 4,14; 13,22.

¹⁸ Cf. Mt 14,5; 21,26. 46.

2,10. Ciertamente permitía que por algunos días cada uno practicara para sí mismo la abstinencia que podía, mas en el domingo, por caridad, animaba a todos a tomar el alimento con él; aunque él mismo se sometía a las observaciones acostumbradas de la abstinencia, usando solo hierbas o legumbres y no permitiendo el uso ni el servicio del fuego.

9. Pues muchas veces, cuando les enseñaba lo referente a la ascesis, participaba con ellos, solo en domingo, pues él no comía nada más que cuantas hortalizas crecen de manera natural en la tierra, ni pan durante ese tiempo, ni legumbre, ni ninguna de las frutas de los árboles, ni cuanto tiene necesidad de ser cocinado por el fuego

Signo en una prisión

3,1. En los tiempos de Juliano, como dijimos antes¹⁹, cuando éste escuchó que un hermano convocado para la milicia estaba detenido en la cárcel, fue hasta él con los hermanos para consolarlo y advertirle que tuviera constancia en la necesidad, y que despreciara las cosas inminentes y se riera de los peligros. “En efecto”, decía, “es el tiempo del combate en el cual las almas de los fieles deben ser probadas²⁰ y conocidas”.

10. En el tiempo de Juliano, un día, después de oír que un hermano forzado al ejército permanecía encadenado en la cárcel, se presentó con la fraternidad ante él para consolarlo y recordarle que fuera fuerte en las penas y que desdeñase los peligros que le venían, porque aquel momento era un momento de lucha para él, de modo que su ánimo sería probado con la llegada de dificultades.

¹⁹ Ver más arriba, VII,2,4.

²⁰ Cf. Dt 33,8.

3,2. Y, mientras con éstas y otras palabras fortalecía los ánimos del adolescente, llegó el centurión e, indignado porque había osado entrar, puso llave a la cárcel desde afuera y lo encerró a él mismo junto con todos los que habían ido con él para que ellos mismos, sin duda, estuvieran detenidos de modo similar para el servicio del ejército y, colocándoles muchísimos guardias, se marchó.

11. Y mientras fortalecía su alma con tales palabras, el quiliarca²¹, que se había enterado –alguien le había hablado sobre Apolo–, llevado por un impulso malvado, echó los cerrojos de las puertas de la cárcel y encerró también a Apolo y a todos los monjes que estaban con él, con la idea de que serían adecuados para el ejército. Y, tras apostarles suficiente guardia, se retiró a su casa casi rehuyendo oír sus súplicas.

3,3. Pero en el medio de la noche se vio que un ángel resplandeciente con inmensa luz se hizo presente y, aturcidos y aterrados los guardias, abrió los cerrojos de la cárcel²². Entonces los guardias mismos, postrándose a los pies de los santos, les pedían que se marcharan diciendo que era mejor para sí mismos morir por ellos que resistirse a la fuerza divina que los protegía.

12. Pero, a media noche, un ángel con una antorcha se apareció a los que estaban de guardia, fulminando con una luz a todos los que estaban en la prisión, de modo que el resto de guardias quedaron estupefactos por el miedo. Entonces ellos se levantaron y pidieron que todos los monjes saliesen por las puertas abiertas. Los guardias reconocían que era mejor morir a manos de hombres, antes que despreciar la libertad venida de Dios para los que fueron detenidos sin razón.

²¹ El quiliarca era el *tribunus militum* y, básicamente, era un comandante que tenía 1024 hombres a su cargo.

²² Cf. Hch 5,19; 12,7.

3,4. Pero por la mañana el centurión en persona va con prisa hasta la cárcel junto a los principales hombres pidiendo que se marcharan todos los que parecían estar retenidos. En efecto, decía que su casa se había desmoronado por un gran terremoto y que algunos de sus mejores esclavos habían muerto²³. Y los santos, oído esto, cantaron un himno y alabanzas a Dios, y regresaron al desierto unidos, siguiendo el ejemplo de los apóstoles *que tenían una sola alma y un solo corazón*²⁴.

13. Así pues, cuando el quiliarca llegó a la prisión con los magistrados, muy de mañana, se apresuró a echar a los hombres de la ciudad, pues iban contando que su casa se había derrumbado por un terremoto y los mejores de sus servidores se habían quedado atrapados allí. Y ellos, cuando escucharon esto, se marcharon al desierto con voces de agradecimiento a Dios y, en fin, todos juntos estuvieron, según la palabra del apóstol, con un solo corazón y una sola alma

Enseñanzas sobre el cultivo de la virtud

4,1. El anciano padre les enseñaba que progresaran cada día en las virtudes y que acallaran enseguida, en sus inicios, las asechanzas del diablo por las cuales introduce pensamientos en los hombres. En efecto, así decía: *“Destrócese la cabeza de la serpiente y todo su cuerpo queda muerto*²⁵. En efecto, por esto nos manda Dios observar la cabeza de la serpiente, para que ya desde el mismo inicio no recibamos pensamientos malos y sucios en nuestro corazón. Entonces, ¿cuánto

²³ Cf. Hch 16,26 ss.

²⁴ Hch 4,32.

²⁵ Cf. Gn 3,15.

más conviene que no se difundan en nuestros sentidos las fantasías de los pensamientos que prohíbe ser recibidos desde su inicio?”.

14. Cada día Apolo les enseñaba cómo sobresalir en las virtudes y escapar al momento de las artimañas del diablo, que desde el origen están en los pensamientos. Pues, “destrozada la cabeza de la serpiente, todo el cuerpo está muerto”. “Dios, continuó explicando, ha ordenado que nos cuidemos de la cabeza de la serpiente, esto es, que aceptemos no tomar en consideración los pensamientos que, desde el principio, son perversos e indecorosos para nuestra mente”.

4,2. Pero advertía también esto, que en las virtudes uno venza al otro y que nadie se permita volverse inferior a su prójimo.

14. “Así, intenten superarse los unos a los otros en las virtudes, que nadie parezca más débil que otro en esos méritos”.

4,3. “Por esto”, decía, “sabrán que avanzan en las virtudes, si no tienen ninguna pasión hacia los deseos mundanos. En efecto, éste es el inicio de los dones de Dios.

15. “Que sea una señal para ustedes en el progreso de las virtudes, cuando obtengan la supresión de los deseos y la inapetencia, pues éste es el principio de todos los dones de Dios”.

4,4. “Y si alguno de ustedes llegara también a esto, a hacer signos y milagros, no se ensalce por esto ni se eleve en su pensamiento como preferido sobre los demás, sino que ni siquiera debe mostrar a todos que ha recibido el don de esta gracia; de otro modo se desvía, se engaña a sí mismo²⁶ y pierde la gracia”.

15. “Incluso cuando alguien recibe de Dios una demostración de milagros, que no se ensoberbezca como si ya tuviera bastante, ni se exalte en su mente como si ya fuera estimado por el resto en algo, mostrando a todos

²⁶ Cf. 1 Co 3,18; Ga 6,3.

que fue partícipe de tal gracia. Si no, se engaña a sí mismo, perdiendo el raciocinio y destruyendo la gracia”.

4,5. Así pues, tenía esta magnífica enseñanza de palabra, como también nosotros mismos disfrutamos en parte, pero tenía mayor gracia en las obras. En efecto, todo lo que hubiera pedido a Dios, sin demora lo conseguía²⁷. Y también se le mostraban muchas revelaciones.

16. De este modo, Apolo contenía estas grandes enseñanzas en sus conversaciones –las cuales, muchas veces después, también nosotros se las escuchamos– y realizaba mejores cosas en sus acciones. Pues todo ruego, cuando lo pedía él, al instante era concedido por Dios.

4,6. Así, vio en sueños que un hermano suyo mayor, que también había vivido en el desierto y con el cual había llevado por mucho tiempo una vida perfecta, sentado en la sede de los apóstoles y convertido en uno de ellos, le dejaba la herencia de [sus] virtudes y gracia.

16-17. También veía ciertas revelaciones: vio a su hermano mayor, el cual también alcanzó la perfección en el desierto y mostró una forma de vida mejor que la de Apolo, con quien además aquél vivió en el desierto durante mucho tiempo. En efecto, en sueños se le mostraba que su hermano compartía los tronos con los apóstoles y le dejaría como herencia sus virtudes.

4,7. Y, al orar por sí mismo que el Señor lo llevara más prontamente y le otorgara el descanso con él en los Cielos, el Señor Salvador le respondió que todavía le estaba destinado un poco de tiempo en la tierra hasta que existieran muchos imitadores de su vida y de su modo de vivir. En efecto, le encomendaría muchos pueblos de monjes y un ejército de piadosos para que hallara por esto una remuneración digna de tales méritos junto a Dios.

²⁷ Cf. Jn 11,22.

17. También le revelaba que intercedía por él suplicando a Dios para que acelerara su cambio y lo arrebatara a los cielos con él. No obstante, el Salvador le dijo que Apolo todavía pasaría, en efecto, un corto período de tiempo en la tierra hasta su final, hasta que muchos fuesen emuladores de su modo de vida, pues un gran pueblo de monjes y un ejército piadoso se le iba a confiar a Apolo, a fin de que obtuviese la digna aprobación de sus fatigas ante el más poderoso.

4,8. Esto, como lo vio, así se realizó; pues acudieron de todas partes muchísimos monjes invitados por su fama y doctrina, y principalmente por sus ejemplos, que renunciaban al mundo. Hicieron un convento magnífico junto a él en el lugar ya mencionado del monte, conservando la vida en común de una sola mesa con unidad de espíritu.

18. Veía estas cosas, que llegaron precisamente de oídos de muchos monjes que se habían encontrado con él, y, gracias tanto a su enseñanza como a su conducta, una gran mayoría renunció al mundo totalmente. Por Apolo nació una comunidad de quinientos monjes en ese momento en el monte, que vivían en comunidad y a una sola mesa.

Las Escrituras se cumplen en la congregación

5,1. Entonces los mirábamos como a un ejército verdaderamente celestial y angélico, adornado por todas las virtudes.

19. Era posible verlos como a un verdadero ejército angélico de vestiduras blancas, dispuestos en perfecto orden.

5,2. En verdad, ninguno entre ellos usaba vestidos sucios, sino que brillaba con el esplendor de los vestidos y de las almas juntamente,

de modo que, conforme a la Escritura, *el páramo sediento se alegraba y muchos hijos de Él se veían en el desierto*²⁸.

19. Habían cumplido a través de ellos lo que se decía en las Escrituras: *Regocíjate, estéril, la que estaba sedienta; rompe a cantar y da voces de júbilo, la que no sufrió dolores de parto, porque más son los hijos de la desamparada que de la casada*.

5,3. Y estas cosas, aunque hayan sido dichas sobre la Iglesia, también quedan cumplidas por el relato histórico en los desiertos de Egipto. En efecto, ¿en dónde llegan a la salvación tantas multitudes de las ciudades como las que produjeron los desiertos de Egipto? Cuantos pueblos hay en las ciudades, casi tantas multitudes de monjes hay en los desiertos.

20. Se cumplió también esa profecía sobre la reunión de los pueblos y sobre el desierto egipcio, puesto que esta región ha presentado a Dios más hijos que la tierra habitada. Pues, ¿dónde hay tantos rebaños de monjes salvos en las ciudades, cuantos los que ofrecen a Dios los desiertos de Egipto? En efecto, todos los pueblos que hay allí, en los desiertos, son de los monjes.

5,4. Y de aquí que me parece que se ha cumplido en ellos también la expresión del Apóstol, que *en donde abundó el pecado, allí sobreabundó la gracia*²⁹.

20. Y me parece que también en ellos se ha cumplido lo especificado por el Apóstol que decía: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*.

²⁸ Is 35,1; 54,1; Ga 4,27.

²⁹ Rm 5,20.

Enseñanzas sobre los cultos paganos

6,1. En efecto, en otro tiempo abundó el inmundo culto de ídolos en Egipto como en ningún otro pueblo. Así, han venerado perros, simios y otros monstruos. También creían que los ajos, las cebollas y algunas legumbres eran dioses, como lo aprendimos del mismo padre Apolonio que nos exponía las causas de su antigua superstición de esta manera.

21. Pues en tiempos también abundaba en Egipto, como en ningún otro pueblo, una gran idolatría. Así, rendían culto a perros y monos y cualquier otro animal; reconocían por dioses a ajos, cebollas y a muchas de las humildes hortalizas, según oí del mismo santo padre Apolo. Éste hablaba sobre ellos y explicaba la razón del politeísmo anterior:

6,2. “Al buey”, decía, “ciertamente lo consideraron dios en otro tiempo los egipcios porque, cultivando con él los campos, tomaban sustento y comida, y también el agua del Nilo porque regaba todas las regiones de Egipto. Veneraban también a [su] tierra como más fértil que las demás tierras”.

22. «Los gentiles que antes vivían con nosotros divinizaban al buey, puesto que, con su ayuda, al realizar la labor del campo, conseguían el alimento, en efecto; y al agua del Nilo, porque regaba todas sus tierras. También veneraban su tierra, dado que era la más fértil en comparación con las otras regiones.

6,3. “A los perros también, como dijimos antes, y a los simios y a distintas clases de hierbas y legumbres los veneraban porque creían que habían llegado a ellos como ocasión de salvación en los tiempos del Faraón”.

23. Y se mostraban serviles con las demás abominaciones, perros, monos y todo el restante conjunto indigno de los seres vivos y plantas, porque las excusas se les habían tornado en necesidades para la salvación durante el período en que el Faraón tuvo a los hombres totalmente ocupados en trabajos.

6,4. «En efecto, acerca de cada uno de éstos, les parecía que había surgido para ellos una ocupación cuando aquél, persiguiendo a nuestros padres, fue sumergido y cada uno pasó a considerar como dios para sí mismo eso por lo cual se vio ocupado para no seguir al Faraón, diciendo: “Puesto que esto ha sido un dios para mí hoy, para que no siguiera al Faraón y no fuera hundido junto con él”».

23. Hasta que aquél, tras expulsar a Israel, naufragó en el mar³⁰. Así pues, cada uno creó sus divinidades según su oficio, por medio del cual no siguió al Faraón en su destino, diciendo: “Esto será dios para mí hoy, gracias a lo cual no morí junto al Faraón”.

6,5. Éstas eran, entonces, las palabras de san Apolonio. Pero es mucho más conveniente escribir aquellas cosas que tuvo en obras y prodigios.

23-24. El santo Apolo contaba esto. Con preferencia por las palabras, es preciso escribir lo que obtuvo mediante sus actos.

Conversión de paganos

7,1. Cierta vez estaban ubicados en su contorno unos diez pueblos de paganos, por los cuales era venerada la superstición demoníaca con sumo afán. En efecto, había un templo amplísimo y en él una estatua que, según la costumbre, era llevada por sacerdotes al modo de bacantes que daban vueltas con la multitud restante y terminaban los misterios profanos casi en las aguas del río.

24-25. En aquel momento, había unos gentiles que vivían cerca de él, de modo que, en todos los lugares y aldeas, incluso en las más cercanas a él, se practicaba una idolatría demoníaca. También había un gran templo en una de esas aldeas y, en su interior, un ídolo brillantísimo. En efecto, esta

³⁰ Cf. Ex 14,15 ss.

estatua estaba hecha de madera. Los sacerdotes, dominados por un furor, la llevaron en procesión por las aldeas entre la muchedumbre, y así, en efecto, se entregaron a la celebración en honor del agua del río.

7,2. Y sucedió que, en el tiempo en el que se llevaba a cabo por ellos una orgía de esta clase, el bienaventurado Apolonio hacía su camino por esos mismos lugares con algunos hermanos. Y, habiendo visto que las multitudes de infelices eran conducidas como por un demonio y que se agitaban violentamente por los campos, compadecido de su error, doblando las rodillas invocó al Señor y Salvador nuestro, e hizo que todos los que eran conducidos por las ceremonias demoníacas quedaran inmóviles con su estatua y que no pudieran avanzar absolutamente en ninguna dirección.

26. Coincidió en aquel momento que Apolo pasó por allí con unos pocos hermanos. Y tan pronto como vieron a la muchedumbre poseída demoníacamente en la aldea, tras doblar las rodillas y rogar al Salvador, Apolo dejó a todos los gentiles repentinamente inmóviles.

7,3. Y así permanecieron por todo el día, abrasados por calores muy impetuosos, ignorando desde dónde les había tocado quedar adheridos sin movimiento en un lugar. Entonces sus sacerdotes decían que había un cristiano que habitaba en las regiones del desierto vecino, de nombre Apolonio, y que esta obra era de él mismo y que, si no lo invocaban con súplicas, el peligro para ellos continuaría.

26. Como no podían salir de aquel lugar, empujándose unos a otros, se estuvieron abrasando durante todo el día bajo un sol ardiente, sin saber de dónde había surgido lo que les ocurría. Entonces los sacerdotes fueron explicando que era a causa de un cristiano que habitaba en sus regiones cerca del desierto, quien por sí mismo, refiriéndose a Apolo, provocaba esto, y que era necesario hacerle una súplica. Si no, corrían peligro de morir.

7,4. Y cuando, ante la maravilla de hecho tan grande, acuden de todas partes quienes lo han oído y preguntan cuál habrá sido la causa de tan gran prodigio, ellos confiesan que lo ignoran totalmente, pero que se les da la sospecha del hombre antedicho, al cual ruegan que invoquen con súplicas en su favor.

27. Cuando los que vivían lejos llegaron después de oír las voces y el clamor, les preguntaron: “¿Qué les ha sucedido tan de repente? ¿De dónde ha surgido tal cosa?”. Y éstos contestaron que no sabían nada, excepto que sospechaban de un hombre y les explicaron que era necesario aplacarlo.

7,5. Entonces algunos de aquellos dicen que opinan con acierto, pues confirman que lo vieron pasar por ese camino y no demoran en aplicar los socorros que creían que serían útiles.

27. También ellos testimoniaron que vieron a Apolo acercándose.

7,6. Llevan bueyes con cuya fuerza parecía que podía moverse la estatua. Pero, como ni siquiera de este modo avanzan algo, frustrados en todo socorro envían legados al hombre de Dios prometiendo que, si los libera de esas cadenas, igualmente soltará de ellos también las cadenas del error.

28. Como les pidieron que les proporcionaran un rápido auxilio, se esforzaron para que unos bueyes, que habían llevado, movieran la figura. No obstante, puesto que el ídolo permanecía inmóvil con los sacerdotes y no encontraban ningún otro remedio, enviaron una embajada a través de los vecinos de Apolo, con la idea de que enmendarían el error, si se alejaban de allí.

7,7. Cuando estas cosas le son comunicadas a él, sin demora desciende hasta ellos y, vertida una sola oración a Dios, libera a todos. Y todos ellos unánimemente sin dilación se acogen a él creyendo en nuestro Dios salvador y dando gracias. Y a la estatua, que era de madera, enseguida la entregan al fuego.

29. Tras dar a entender esto a Apolo, el hombre de Dios regresó lo más rápido posible a ellos y, tras orar, desató las ligaduras de todos. Entonces, en cuanto arrojaron el ídolo al fuego, todos a la vez se arrodillaron ante él, creyendo en Dios como Salvador de todo y misericordioso.

7,8. Ellos, por su parte, habiendo seguido al hombre de Dios e instruidos por él en la fe del Señor, se unieron a la Iglesia de Dios. Verdaderamente muchos de ellos permanecieron con él y aún ahora viven en los monasterios.

29.A todos ellos, en cuanto los instruyó, los mandó a las iglesias. Muchos de ellos viven hasta ahora en los monasterios.

7,9. Finalmente, la fama de este hecho admirable fue difundida por todas partes y muchos se convertían por él a la fe del Señor, de modo que en todas aquellas regiones no quedaba ya casi ningún pagano.

29. La fama sobre él se difundió por todas partes y muchos creyeron en el Señor, por lo que ya no se ha vuelto a usar en esas regiones de Apolo el apelativo de gentil.

Mediación entre dos aldeas

8,1. Después de algún tiempo había una disputa sobre límites entre dos aldeas. Cuando esto le fue comunicado al hombre de Dios, apresurándose descendió hacia ellos con miras a la paz.

30. No mucho tiempo después, dos aldeas trabaron combate una contra otra, disputando por unas hectáreas de tierra. Cuando se le comunicó a Apolo, éste, al instante, bajó hacia ellos para reconciliarlos.

8,2. Pero ellos, enardecidos por el furor de la lucha, no se inclinaban de ningún modo al consejo de la paz, máxime porque el pueblo de una parte tenía mucha confianza en las fuerzas de cierto bandido que parecía el portaestandarte de la misma disputa.

31. Pero éstos, por el contrario, no se quedaron convencidos, sino que discutían con él. Pusieron su confianza en un cierto jefe de bandoleros, por ser el más adecuado para la guerra.

8,3. Apolonio, viendo que éste se resistía a la paz, le dijo: “Oh amigo, si quisieras ceder ante mí por la paz, rogaré a mi Dios y te perdonará tus pecados”.

31. Así pues, cuando Apolo le vio discutir, le dijo: “Si me obedeces, hijo, pediré a mi Señor que te perdone tus pecados”.

8,4. Y cuando aquél lo oyó no retardó absolutamente nada, sino que le suplicaba postrado ante sus rodillas. Entonces, luego, vuelto hacia las masas que lo habían seguido, hizo que todos se marcharan con paz.

31. Cuando él lo oyó, no tardó, sino que, en cuanto dejó las armas a sus pies, además, se puso a suplicarle. Como el jefe de bandoleros se hizo mediador de paz, devolvió a los suyos a sus casas.

8,5. Y, al marcharse ellos, él mismo se quedó con el hombre de Dios rogándole lo prometido. Y entonces Apolonio, tomándolo consigo y haciendo camino con él hacia los monasterios, le enseñaba que debía cambiar el orden de vida *y pedir pacientemente a Dios la misericordia y esperar la promesa desde la fe*³¹, *pues decía que todas las cosas eran posibles para el creyente*³².

32. Tras restablecer la paz y regresar, el famoso caudillo de aquéllos sirvió en adelante a Apolo, con quien estableció un claro compromiso. El bienaventurado Apolo se lo llevó con él al desierto cercano, y le amonestaba y exhortaba a tener paciencia, explicándole que Dios era poderoso para concedérsela.

8,6. Y, descansando en el curso de la noche juntos en el monasterio, los dos ven en una visión que están en los Cielos y comparecen ante

³¹ Judas 21; cf. Rm 8,25; Hb 6,12; Hch 1,4.

³² Mc 9,23.

el tribunal de Cristo³³, también ven a los ángeles de Dios y a todos los santos que adoran al Señor. Y una vez que, viendo estas cosas, adoraron ellos mismos también a Dios, desciende a ellos la voz del Señor diciendo: “*Aunque no haya ninguna comunión entre la luz y las tinieblas, ni haya ninguna porción para el fiel con el infiel*”³⁴, aun así, se te concede la salvación de ése por el que has suplicado, Apolonio”.

33. En cuanto cayó la noche, entonces, los dos, en sueños se encontraron al punto en el cielo, ante el trono de Dios, y ambos observaban a los ángeles arrodillados delante de Dios junto a los justos. Cuando también ellos, bajando a la vez la cabeza, se arrodillaron ante el Salvador, les llegó una voz de Dios que decía: “¿Qué parte en común tiene la luz con las tinieblas o qué parte el creyente con el incrédulo?”. ¿Por qué también el asesino, indigno de tal visión, está presente con el justo? Así pues, tú, márchate, hombre. Este último protegido se te ha concedido como gracia”.

8,7. Y, tras escuchar muchas otras cosas, ubicados en la visión celestial, cosas que ni la palabra alcanza para relatar ni el oído para oír³⁵, se levantaron del sueño y contaron a los hermanos lo que habían visto. Y empezó a surgir una enorme admiración porque los dos relataban el mismo sueño.

34. Una vez que se despertaron, tras haber visto y oído otras numerosísimas maravillas, sobre las que ninguna palabra se atreve a hablar ni oír, y las comunicaron a los que estaban con ellos. Y una extraordinaria admiración dominaba a todos, porque ambos exponían la misma visión.

8,8. Aquel ladrón, ya santo, permaneció con los hermanos, cambiando su vida y costumbres en toda inocencia y piedad, como vuelto cordero de lobo [que era], de modo que en él parecía cumplirse enteramente la

³³ Cf. Rm 14,10.

³⁴ 2 Co 6,14 y ss.

³⁵ Cf. 1 Co 2,9; 2 Co 9,15; Is 52,15.

profecía de Isaías que dice: *Los lobos se alimentarán con los corderos y el león y el buey comerán juntos*³⁶.

34-35. Así pues, el que ya no fue asesino por más tiempo permaneció con los ascetas hasta su muerte, después de enderezar su conducta, como si se hubiera metamorfoseado de lobo en inocente corderillo. Y se cumplía en él la profecía de Isaías que decía: *Los lobos y los corderos se apacentarán juntos y el león y el buey comerán paja juntos*.

8,9. Allí también vimos algunos hombres del pueblo de los etíopes viviendo con los monjes y a muchos que superaban a los demás monjes en observancia de la religión y virtud del alma, de modo que también en ellos mismos parecía cumplirse la Escritura que dice: *Etiopía irá de su mano antes a Dios*³⁷.

35. En efecto, era digno de ver allí a los etíopes practicando la ascesis con los monjes, superando a muchos en las virtudes y habiendo cumplido en ellos la Escritura que decía: *Etiopía extenderá sus manos hacia Dios*.

Otra mediación

9,1. Todavía entre las proezas del santo Apolonio se contaba esto también: se decía que en cierta ocasión había surgido una lucha entre dos aldeas, de las cuales una era de cristianos, la otra de paganos. De una y otra parte avanzan incontables multitudes de [personas] armadas.

36. En otra ocasión, había unos aldeanos gentiles que luchaban abiertamente contra los cristianos por sus fronteras y en cada bando había un ejército de hombres armados.

9,2. Sucedió que llegaba el santo Apolonio. Y, como los exhortara a la paz, uno de ellos que entre los paganos se erigía como cabeza y causa de

³⁶ Is 65,25.

³⁷ Cf. Sal 67 (68),32.

aquella guerra, hombre truculento y feroz, se le oponía vehementemente diciendo que no permitía que hubiera paz hasta su propia muerte.

36. Apolo se presentó ante ellos con la intención de pacificarlos. Pero el adalid de los gentiles, terrible y cruel, se le opuso con el argumento y la excusa de que no permitiría la paz hasta su muerte.

9,3. Entonces aquel dijo: “Hágase como desees; en efecto, no será muerto ningún otro más que tú, pero para ti, una vez muerto, tampoco será sepulcro la tierra sino los vientres de las bestias y los buitres”. Y enseguida su palabra se hizo realidad, pues no cayó ningún otro de las dos partes sino solamente él mismo.

36-37. Apolo le contestó: “Entonces que sea lo que has elegido. Pues ningún otro morirá excepto tú. Y cuando tú mueras, la tierra no será tu sepulcro, sino que se saciarán contigo los estómagos de fieras y buitres”. En efecto, al instante, la palabra se hizo realidad, de manera que nadie de ningún bando murió, excepto el adalid.

9,4. Y a éste, aunque lo enterraron bajo la arena, al regresar por la mañana lo encontraron desenterrado y desgarrado por las bestias y devorado por los buitres. Y, como poseía a todos la admiración de que la palabra del hombre de Dios se hubiera cumplido de tal modo, todos se convirtieron a la fe del Señor Salvador y manifestaban que Apolonio era un profeta de Dios.

37. A éste, incluso después de enterrarlo, lo descubrieron al alba despedazado por buitres y hienas en la arena. El resto de ellos, cuando vio el milagro y el resultado de sus palabras, todos, creyendo en el Salvador, proclamaron a Apolo como profeta.

Alimentos del Cielo

10,1. Y no se nos pasará por alto esto que supimos que hizo en los primeros días que empezó a habitar en la cueva con unos pocos hermanos.

38. Antes de esto, el santo Apolo, que recientemente había vuelto del desierto, estaba en la cueva del monte con unos cinco hermanos, los primeros a los que había adoctrinado.

10,2. Se acercaba el día santo de la Pascua y, después que se cumpliera la solemnidad de las vigiliass y sacramentos dentro de la cueva y se preparara una comida con lo que había entre ellos -tenían solo unos pocos panes y secos, y legumbres de ésas que, una vez saladas, suelen conservarse entre ellos-, entonces Apolonio empezó a hablar así a los hermanos que estaban con él:

38-39. Llegó la fiesta de la Pascua y, después de celebrar el culto a Dios, comieron de todo lo que encontraron: unos cuantos panes secos y legumbres en conserva. En ese momento Apolo les dijo:

10,3. “Si hay fe en nosotros y verdaderamente somos fieles servidores de Cristo, pida cada uno de nosotros a Dios si puede tomar algo de buen grado como en un día de fiesta”. Pero ellos más bien le confiaban a él, que los superaba en edad y méritos, el pedir estas cosas, pues se consideraban inferiores a esta gracia.

39-40. “Si somos creyentes, amados míos, y sinceros hijos de Cristo, que cada uno de nosotros pida a Dios lo que le apetezca para comer”. Ellos le encomendaron todo, aunque se creían indignos de tal gracia

10,4. Entonces él, con toda alegría, vertió una oración al Señor, terminada la cual, al responder todos: “Amén”, he aquí que súbitamente ven que a las puertas de la cueva están unos hombres totalmente desconocidos para ellos, los cuales presentaron tanta abundancia de todos los elementos que corresponden solo a las necesidades de la comida, que no se habría visto fácilmente tantas cosas ni tan variadas.

40. Justo cuando Apolo, con rostro luminoso, terminó de pronunciar una oración y todos acabaron diciendo “Amén”, de repente, unos hombres completamente desconocidos se presentaron de noche en la cueva,

explicando que ellos venían de lejos, portando todo cuanto jamás habían escuchado y cuanto no había en Egipto.

10,5. Y entre éstas había algunas clases de frutos que absolutamente nunca se vieron en las regiones de Egipto, y de un tamaño increíble; uvas, nueces, higos, también granadas, y todo esto antes de su época, igualmente abundancia de miel de panal y de leche, también enormes dátiles de Nicolao y panes calientes y muy limpios, los cuales sin embargo parecían ser de una región extranjera.

40. Frutos del huerto de todas las clases, racimos de uvas, melocotones, higos, nueces -todas halladas fuera de temporada-, algunos panales, un cántaro de leche fresca, dátiles enormes y panes blancos y calientes, aunque habían sido traídos para ellos desde una región extranjera.

10,6. Pero los hombres que habían llevado estas cosas, ni bien las entregaron, se marcharon como queriendo volver con prisa hacia aquel por quien habían sido enviados. Entonces ellos, dando gracias al Señor por estos [alimentos] que les habían sido llevados, empezaron a alimentarse -y de esto hubo tanta abundancia que alcanzó para ser servido todos los días hasta el día de Pentecostés-, seguros de que estos [alimentos] les habían sido enviados por la solemnidad.

41. Los hombres que llevaron los alimentos, después de entregarlos como enviados únicamente de parte de un hombre importante y rico, se alejaron con prisa. Incluso después de comer los monjes, les sobraron hasta Pentecostés, de modo que ellos se quedaron maravillados y dijeron: “Verdaderamente estos alimentos provinieron de Dios”.

Intercesión por un hermano

11,1. También descubrimos esto, que uno de los hermanos al que le faltaba la gracia de la humildad y la mansedumbre le pidió que le rogara al Señor que se le concediera este don.

42. Uno de los monjes se creía digno de suplicar al padre Apolo para que pidiera justamente algún don en su favor.

11,2. Al orar él, tanta gracia de mansedumbre y de humildad llegó a aquel que todos los hermanos estaban atónitos por la tranquilidad de ánimo y modestia de alguien en quien antes no habían visto nada de esto.

42. Por su petición, se le concedió el don de la humildad y de la mansedumbre, de modo que todos se maravillaron de la extraordinaria mansedumbre conseguida.

MultiPLICACIÓN de panes

12,1. Cierta vez surgió una hambruna en la Tebaida. Los habitantes de aquella tierra, sabiendo que los monjes que servían al Señor con Apolonio frecuentemente se alimentaban incluso sin comida por gracia del Señor, van todos con sus esposas e hijos hasta él pidiendo la comida y la bendición a la vez.

44. Por aquel entonces, no mucho tiempo antes, una vez que hubo hambruna en la Tebaida, como los pueblos vecinos de estos lugares habían oído que los monjes de Apolo se alimentaban a menudo milagrosamente, se presentaron ante él, todos juntos, con sus mujeres y niños para solicitarles bendiciones y alimento.

12,2. Y él, sin dudar en nada, empieza a presentarles de aquellas cosas que estaban reservadas para uso de los hermanos y a dar abundantemente a cada uno. Mas cuando quedaban solo tres cestas de panes y el hambre apremiaba fuertemente a las masas, ordena que sean presentadas en el centro las cestas que habían sobrado para ofrecer por sí solas el alimento de un día a los monjes, y ante el oído de todo el pueblo, que había acudido por la necesidad del hambre, elevadas las manos a Dios, dice:

44-45. Él, sin temer que no sobrara nada de alimento, les daba lo suficiente para el día a cada uno de todos los que vinieron. Como quedaban únicamente tres cestos grandes con panes y el hambre dominaba, Apolo ordenó que se llevaran al centro los cestos que los monjes iban a comerse en ese mismo día y dijo, para que lo escucharan todos los monjes y la muchedumbre:

12,3. «¿Acaso la mano del Señor no puede multiplicar estos [alimentos]? Así dice el Espíritu Santo: “No faltará el pan en estas cestas³⁸ hasta que todos seamos saciados de los frutos nuevos”». Y, como muchos de estos que entonces habían estado presentes confirmaban, por cuatro meses seguidos nunca se dejó de sacar pan de las cestas ni pudo faltar ninguna vez.

45-46. «¿Es que la mano del Señor no es poderosa para rellenar los cestos? El Espíritu Santo dice esto: “No faltará pan en esos cestos hasta que todos se hayan saciado del nuevo trigo”». Y todos los presentes aseguraron que entonces hubo suficientes panes para todos durante cuatro meses.

12,4. Contaban que en otro tiempo hizo algo semejante con los ingredientes de trigo y aceite.

46. Del mismo modo también hizo Apolo con el aceite y el trigo.

12,5. Y se dice que el diablo, movido por estas virtudes, le dijo: “¿Acaso tú eres Elías o alguno de los profetas o apóstoles, que te has atrevido a hacer estas cosas?”³⁹.

46. Por lo que Satán se le presentó y le dijo: “Si tú no eres Elías u otro de los profetas y apóstoles, ¿por qué tienes esa osadía?”.

³⁸ Cf. 1 R 17,14.

³⁹ Cf. Jn 1,21.25.

12,6. Pero él le respondió: “¿Y qué? ¿Acaso los profetas y los apóstoles no eran hombres⁴⁰ que nos transmitieron su fe y gracia? ¿O Dios estaba presente entonces y ahora está ausente? Dios puede todas las cosas⁴¹, y lo que puede lo puede siempre. Entonces, si Dios es bueno, ¿por qué tú eres malo?⁴²”.

47. Y él le respondió: “¿Por qué? ¿No eran hombres los santos profetas y apóstoles quienes nos permitieron por tradición realizar tales acciones? ¿Acaso Dios estuvo entonces presente y ahora ausente? Dios siempre es poderoso para hacer esto y *no hay nada imposible para él*. Por tanto, si Dios es bueno, tú ¿por qué eres malo?”.

12,7. Como ya dijimos antes, que estas cosas fueron hechas por él lo aprendimos de hombres ancianos, religiosos y santos, por medio de [su] narración fiel. Y, aunque el relato deba ser considerado fiel a ello, sin embargo, ha prestado mayor fe en los hechos también esto que nosotros mismos vimos con nuestros ojos.

12,8. En efecto, vimos que se llevaban cestas llenas de panes a las mesas vacías y, al llenarse las mesas de panes y al ser consumidos [estos] hasta la saciedad completa, igualmente [las cestas] se recogían llenas.

47. ¿Acaso no deberíamos explicar incluso las cosas que nosotros hemos visto, esto es, que los portadores de los panes traían las cestas llenas a las mesas de los hermanos y, aun comiendo quinientos hermanos hasta la saciedad, se las han llevado otra vez llenas?

⁴⁰ Cf. St 5,17.

⁴¹ Cf. Lc 1,37.

⁴² Cf. Mt 20,15.

Recibimiento de los visitantes

13,1. Y no callaré otra maravilla que vimos en él. Éramos tres hermanos cuando llegamos hasta él, y he aquí que, ubicados nosotros todavía lejos de su monasterio, salen al encuentro unos hermanos que tres días antes habían oído de nuestra llegada por él mismo; salieron, pues, a nuestro encuentro con salmos. En efecto, tienen la costumbre de hacer esto ante la llegada de todos los monjes.

48. Es justo contar también cómo quedamos estupefactos cuando vimos otro milagro. Pues, una vez que fuimos a verle tres hermanos, nos reconocieron mirándonos desde lejos los hermanos, los cuales habían oído de Apolo acerca de nuestra visita. Ellos salieron a prisa a nuestro encuentro cantando, pues tienen esta costumbre con los hermanos que llegan.

13,2. Y, adorando con sus rostros hasta la tierra, nos saludaban con un beso, y mostrándonos entre sí, decían: “Estos son los hermanos cuya llegada nos había predicho el padre Antonio hace tres días, diciendo que en tres días llegarían tres hermanos que vendrían desde Jerusalén”.

48. Y después de bajar la cabeza, nos besaron mientras se nos presentaban unos a otros diciendo: “He aquí que han llegado los hermanos sobre los que el padre Apolo nos había predicho hace tres días, afirmando que, en tres días, llegarían a nosotros tres hermanos que viajan desde Jerusalén”.

13,3. Entonces, unos de los hermanos iban delante de nosotros, otros nos seguían, pero una y otra multitud cantaba salmos⁴³.

49. Así, mientras unos iban por delante de nosotros, otros nos acompañaban cantando por detrás, hasta que llegamos cerca de él.

13,4. Y cuando empezamos a acercarnos, oída la voz del salmo, el santo mismo también avanzó a [nuestro] encuentro. Y, cuando nos

⁴³ Cf. Mc 11,9.

vio, enseguida primero adoró hasta la tierra y, al levantarse, nos recibió con un beso. Cuando entramos en el monasterio, habiendo ofrecido primero una oración, como es costumbre, lavó nuestros pies con sus propias manos y cumplió las demás ocupaciones que corresponden al descanso del cuerpo. Tenía la costumbre de hacer así con todos los que llegaban a él, aunque los hermanos que están con él no toman alimento sin antes recibir la comunión dominical alrededor de la hora novena del día.

49. Al haber oído el padre Apolo la voz de los que cantaban, salió a nuestro encuentro con todos los hermanos, según es su costumbre. Cuando nos vio, se postró el primero, tumbándose en la tierra, y, una vez ya en pie, nos besó. Después de entrar, rezar fervientemente y haber lavado nuestros pies con sus propias manos, nos invitó a descansar. Y esto hacía con todos los hermanos que iban a visitarle.

Modo de vida en la congregación

14,1. Y después de esto a veces permanecían así hasta el atardecer mientras, oyendo la palabra de Dios, eran instruidos sin interrupción en cumplir los mandamientos del Señor.

14,2. Después de esto, ya tomado el alimento, algunos de ellos se apartaban hacia el desierto para repasar las Escrituras divinas de memoria toda la noche, otros se quedaban en el mismo lugar al que habían acudido y resistían despiertos hasta el amanecer en himnos y alabanzas a Dios, como yo mismo lo vi estando presente.

14,3. Mas algunos de esos, alrededor de la hora nona, habiendo descendido del monte, recibida la comunión del Señor, se marchaban al instante satisfechos con solo este alimento espiritual y hacían esto por muchos días.

50-51. Los hermanos que estaban con él no tomaban la comida antes de celebrar primero la Eucaristía de Cristo en común, esto lo hacían cada día a la hora novena. En cuanto acababan de seguir su costumbre de este modo, se sentaban para oír todas las instrucciones que Apolo les enseñaba hasta el primer sueño. Y, desde ese momento, algunos de ellos se iban marchando aparte al desierto para aprender de memoria las Escrituras durante toda la noche, mientras otros perseveraban allí con himnos incesantes, celebrando a Dios hasta la mañana. Yo mismo vi a estos últimos con mis propios ojos, quienes empezaban con los himnos por la tarde, sin parar de cantar hasta el alba. Muchos de ellos bajaban del monte sólo en la hora novena, participaban de la Eucaristía y, de nuevo, se subían contentándose sólo con el alimento espiritual hasta la siguiente nona. Y esto lo hacían numerosos monjes durante muchos días.

14,4. Y había en ellos una alegría y gozo por encima de la medida y tanta exaltación cuanta no podía ser contenida por ningún hombre en la tierra. Ninguno se encontraba triste entre ellos de ningún modo, pero incluso si alguien se veía un poquito apenado, enseguida el padre Apolonio indagaba la causa de la tristeza.

14,5. Frecuentemente, aun si alguien hubiera querido ocultarlo, él mismo enunciaba qué se ocultaba en el corazón, de modo que el que sufría lo reconociera.

52. Era digno de ver cómo se regocijaban por el desierto; tal júbilo y gozo corporal nadie lo ha visto sobre la tierra. Pues no había entre ellos nadie triste ni abatido, sino que, si alguno, en efecto, parecía de alguna manera entristecido, al instante el padre Apolo le preguntaba a éste la razón y revelaba a cada uno los pensamientos ocultos de su corazón.

14,6. Y les advertía, diciéndoles que no conviene que haya tristeza en estos para quienes la salvación está en Dios y la esperanza en el reino de los cielos. Decía: “Entristézcanse los paganos y lloren los judíos,

laméntense sin cesar los pecadores, pero los justos alégrense⁴⁴. Pues si los que aman lo terrenal se alegran por cosas frágiles y caducas, nosotros, que tenemos la esperanza de tanta gloria y eternidad, ¿por qué no nos alegraríamos con toda exaltación?

53. Así decía: “No tienen que entristecerse por la salvación los que van a heredar el reino de los cielos. Se entristecerán los gentiles”, continuó, “y se lamentarán los judíos, llorarán los pecadores, pero los justos se regocijarán. También los que tienen pensamientos terrenales se alegran por lo terrenal, pero nosotros, que somos juzgados dignos de una esperanza tan grande, ¿cómo no vamos a estar alegres continuamente?

14,7. “¿O no nos advierte así el Apóstol diciendo: *Estén siempre alegres, oren sin interrupción, den gracias en toda ocasión*⁴⁵?”.

53. Según [lo dicho por] el Apóstol, quien nos exhorta *a estar siempre gozosos, a orar sin cesar, a dar gracias por todo*”.

14,8. Pero, ¿quién podría expresar acabadamente la gracia de su doctrina y de sus palabras? Por esto considero mejor callar sobre estas que proclamar[las] con poca dignidad.

54. Y, ¿qué podría decir alguien de su don de palabra y de sus restantes virtudes? Por el exceso de admiración estuvimos siempre callados, oyéndole a él y a otros.

Enseñanzas sobre la hospitalidad

15,1. En efecto, nos exponía muy secretamente muchas cosas sobre la razón de la abstinencia y la integridad del modo de vida, también exponía muchas cosas sobre el afán de la hospitalidad y ordenaba con

⁴⁴ Cf. Sal 31,11; 63,11; 96,12; 1 Ts 4,12.

⁴⁵ 1 Ts 5,16-18.

mucha atención que recibiéramos a los hermanos que llegaban como si fuera la llegada del Señor⁴⁶. Decía: “Pues la tradición incluso exige que los hermanos sean adorados porque es cierto que en su llegada se halla contenida la llegada del Señor”.

55. Tras haber conversado en privado mucho con nosotros sobre la ascesis y la conducta, también en muchos momentos se refirió a la recepción que se daba a los hermanos: “Es necesario arrodillarse ante los hermanos que vienen. En efecto, no te arrodillas ante ellos sino ante Dios. Pues, siguió, cuando ves a tu hermano, ves al Señor, tu Dios”.

15,2. “En efecto, así recibió también Abraham a aquellos que parecían hombres ciertamente, pero en ellos se percibía al Señor”.

56. Y esto lo hemos heredado de Abraham.

15,3. “Entretanto, los ejemplos del santo Lot nos enseñan también a obligar a los hermanos al descanso corporal contra su voluntad; Lot, el que condujo a los ángeles por la fuerza al hospicio de su casa”.

56. En ocasiones debemos presionar a los hermanos para que descansen, lo cual lo hemos aprendido de Lot, quien presionó a los ángeles.

Enseñanzas sobre la comunión frecuente

15,4. Y también advertía esto, que, si era posible, los monjes comulgaran todos los días con los misterios de Cristo, no sea que quien se aleja de estos sea alejado por Dios; en cambio, quien con bastante frecuencia los recibe, con bastante frecuencia parece que recibe al mismo Salvador, pues el mismo Salvador dice así: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él*”⁴⁷.

⁴⁶ Cf. Hb 13,2.

⁴⁷ Jn 6,57.

56. También [explicaba] que “Es necesario, si es posible, que los monjes compartan cada día los misterios de Cristo. Pues el que se aleja de esto, se aleja de Dios; pero el que sin interrupción practica lo dicho, sin interrupción recibe al Salvador, porque la voz salvadora afirma: *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*”.

15,5. Pero incluso la misma conmemoración dominical de la Pasión, cuando es hecha asiduamente por los monjes, les provee muchísima utilidad como ejemplo de paciencia.

15,6. Y por medio de esto también se da la advertencia de que cada uno procure siempre hallarse preparado⁴⁸ para no ser considerado indigno de los misterios dominicales.

15,7. Y añadía a estas cosas que también el perdón de los pecados es concedido a los creyentes por medio de ello.

57. “Así pues, esto es provechoso para los monjes que continuamente hacen memoria de la Pasión del Salvador, a fin de que día a día estén dispuestos y preparados para tales acciones, y siempre sean dignos de recibir los misterios celestiales, dado que también así nosotros somos considerados dignos de la absolución de los pecados”.

Enseñanzas sobre el ayuno

15,8. Advertía que los ayunos establecidos por precepto, es decir en los miércoles y viernes, ciertamente no deben ser interrumpidos a menos que surja alguna gran necesidad, porque el miércoles Judas pensó la traición al Señor y el viernes fue crucificado el Salvador.

58. “Y no es lícito abandonar los ayunos generales sin absoluta necesidad. Pues, en el cuarto día, el Salvador fue entregado y, en la víspera del sábado, crucificado”.

⁴⁸ Cf. 2 Co 9,3,4; Mt 24,44; Tt 3,2.

15,9. “Entonces, quien en estos días interrumpe sin alguna necesidad los ayunos establecidos, parecerá traicionar al Salvador con el traidor o crucificarlo con los que lo crucificaron”.

58. “Por tanto, el que los abandona participa en la entrega del Salvador y le crucifica”.

15,10. Entonces decía que, si por casualidad en dichos días venía alguno de los hermanos, si antes de la hora nona quería alimentarse debido a la fatiga, debía ponerse una mesa para él solo, lo cual no debía forzarse si no quería, pues es común la tradición de esta observancia.

58. “No obstante, si un hermano les viene necesitando descanso, aunque sea época de ayuno, le servirás a él solo la mesa. Y si no quiere, no le fuerces, pues tenemos una tradición común”.

Enseñanzas sobre la ostentación

15,11. En verdad censuraba grandemente a aquellos que dejan crecer la cabellera de su cabeza o colocan un hierro en torno a su cuello o hacen algo de esta clase que parece ser hecho para ostentación de los hombres.

59. Muchas cosas reprochaba a los que llevaban cadenillas de hierro y el pelo largo: “Éstos hacen ostentación”.

15,12. “En efecto, decía, es cierto que *esos buscan la alabanza de los hombres*⁴⁹ y hacen esto con motivo de ostentación, aunque también se mandó que *los mismos ayunos deben ser celebrados en secreto*, para que

⁴⁹ 1 Ts 2,6.

sean conocidos solo por Dios⁵⁰, *el que ve lo que se hace en secreto y lo pone a la vista*⁵¹”.

59. “Y buscan agradar a los hombres, siendo más necesario para ellos debilitar el cuerpo con ayunos y practicar el bien ocultamente. Por el contrario, éstos no lo hacen, sino que se ponen a sí mismos a la vista de todos”.

15,13. “Pero, según parece, esos no están contentos con el testimonio y la remuneración del que ve en lo secreto, sino que quieren manifestarse entre los hombres. Pues toda razón de la abstinencia debe ser mantenida en secreto para que el cuerpo se fatigue con los ayunos y, sin embargo, no se busque la jactancia entre los hombres sino la retribución ante Dios”.

Despedida

16,1. Exponiendo estas y muchas otras cosas sobre el modo de vida de los monjes por toda una semana y confirmando la fe de su doctrina con la autoridad de sus gestos, cuando empezamos a marcharnos, llevándonos un poco adelante nos advertía diciendo: “Ante todo, tengan paz entre ustedes y no quieran separarse uno de otro⁵²”.

60. ¿Qué podría decirse de todas sus enseñanzas, que son semejantes a su conducta, sobre las que nadie será capaz ni de escribir ni de relatar con suficiente dignidad? Así pues, tras explicarnos, a menudo en privado, muchísimas enseñanzas durante toda la semana, cuando nos acompañó, nos dijo: “Tengan paz los unos con los otros y en el camino no se separen unos de otros”.

⁵⁰ Cf. Mt 6,16-18.

⁵¹ Mt 6,6.

⁵² Cf. Mc 9,50.

16,2. Entonces, vuelto hacia los hermanos que estaban presentes conduciéndonos junto con él, dice: “¿Quién de ustedes está dispuesto para guiarlos hasta los monasterios vecinos de los padres?”.

61. A continuación, después de preguntar a los hermanos que estaban con él quién de ellos quería voluntariamente acompañarnos hasta los otros padres.

16,3. Y, como casi todos se ofrecieron con gran disposición y querían marchar con nosotros, el mismo padre santo eligió de entre todos a tres por su gran conocimiento de la lengua griega y la egipcia para que, cuando fuese necesario, fueran nuestros intérpretes y para que pudieran edificarnos con sus reflexiones.

61-62. Y como casi todos [los monjes] rogaron con alegría venir con nosotros, el santo Apolo, después de escoger para acompañarnos tres hombres aptos en la palabra y en la conducta, y conocedores de las lenguas griega, romana y copta,

16,4. En efecto, al enviarlos con nosotros [les] mandó que no se separaran de nosotros antes que viéramos a todos los padres y todos los monasterios que quisiéramos, aunque nadie sea capaz de dar una vuelta por todos.

62. les encargó que no nos dejaran marchar antes de que no tuviésemos absoluta certeza de que habíamos visitado adecuadamente a todos los padres -si alguien quería verlos a todos, no llegaría a visitarlos a todos en una vida entera-.

16,5. Entonces nos despidió bendiciéndonos y dio la bendición con estas palabras: “*Que los bendiga el Señor desde Sión y vean las cosas buenas que hay en Jerusalén por todos los días de sus vidas*”⁵³.

⁵³ Sal 127,5.

62. Finalmente, después de bendecirnos, Apolo nos despidió diciendo: *“Que el Señor los bendiga desde Sión y puedan ver las bondades de Jerusalén todos los días de su vida”*.

VIII. Sobre Amón

El rastro de una serpiente

1. Juzgué que no debía omitirse lo que oímos sobre Amón, un hombre santo, de quien en el desierto vimos también el lugar en el que había habitado.

2. Así pues, cuando habíamos llegado hasta su sitio y avanzábamos hacia la parte del desierto que da al sur, vimos por la arena el rastro de la marcha de una enorme serpiente cuyo tamaño tan grande tenía la apariencia de una viga conducida por la arena. En cuanto vimos esto, fuimos sacudidos por un enorme temor.

1. Mientras íbamos nosotros viajando por el desierto al mediodía, de repente vimos las huellas de una gran serpiente, como si se tratara de una viga arrastrada por la arena.

3. Pero los hermanos que nos guiaban exhortaban a no temer en absoluto, sino tomar más confianza y seguir a la serpiente por su rastro: “En efecto”, decían, “verán cuánto puede la fe cuando vean que nosotros la matamos. Pues dimos muerte a muchas serpientes, áspides y cerastas con nuestras manos; en efecto, así leemos que ha sido escrito, que el Salvador concede a los que creen en Él *pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo*⁵⁴”.

⁵⁴ Lc 10,19.

1. Pero los hermanos que nos guiaban nos animaron a no temerle, sino a tener más audacia y seguir las huellas de la serpiente: “Vean, pues, que nuestra fe va a someterla. Hemos matado a mano a muchas serpientes, áspides y cerastes y se cumplió lo escrito con relación a éstas: *Les he dado autoridad de hollar sobre serpientes y escorpiones y sobre todas las fuerzas del Enemigo*”.
4. Pero al decir esto ellos, nosotros, creo, íbamos temiendo más y más por la fragilidad de la incredulidad, y les rogábamos que no siguieran el rastro de la serpiente, sino que más bien marchásemos por un camino recto. Sin embargo, uno de ellos, impaciente por el entusiasmo, siguió a la serpiente. Y, al haber encontrado no lejos su cueva, nos llamaba para que fuéramos y viéramos el desenlace del asunto.
 2. No obstante, nosotros, llevados por la incredulidad y muy asustados, no les creímos dignos de ir tras el rastro de la serpiente, sino que preferimos continuar por nuestro camino. Pero un hermano de ellos con mucha voluntad, después de dejarnos, partió al desierto, rastreando las huellas de la bestia. Y, cuando encontró el nido no muy lejos, nos dijo a voces que la serpiente estaba en la cueva y nos llamó para que la viéramos salir, mientras los otros hermanos nos convencían de no tenerle miedo.
5. Sin embargo, salió a nuestro encuentro uno de los hermanos que tenía monasterio en la cercanía y nos prohibió ir, diciendo que era una bestia de tamaño enorme y que no podríamos tolerar ni siquiera su visión y aspecto, principalmente porque no estábamos acostumbrados a ver nada de esa clase, y confesaba que él mismo había visto a menudo a aquella bestia, cuya anchura era ciertamente increíble, y [cuya] longitud se extendía a quince codos.
 3. Cuando nos estábamos acercando para ver la bestia con mucho temor, un hermano, de repente, nos encontró, nos arrastró de la mano hasta su propio monasterio, explicando que nosotros no éramos capaces de soportar el ataque de la bestia y, sobre todo, que todavía no habíamos

visto a un animal semejante. Pues decía que muchas veces había visto a esa bestia, que era enorme y que tenía más de quince codos.

6. Y una vez que nos disuadió de acercarnos al lugar, él mismo, apurándose, apartó al hermano que nos esperaba allí preparado para dar muerte a la bestia, lo llevó junto a sí y, al que no quería marcharse si no la mataba, lo doblegó con muchos ruegos. Y cuando este llegó hasta nosotros, reprochó nuestra cobardía y falta de fe.

4. Así, después de pedirnos que nos quedásemos en el lugar, él se marchó en dirección al hermano, para convencerlo de que se alejase de la madriguera, dado que aquél intentaba no abandonar el lugar hasta matar a la serpiente. Y, una vez que le hizo entrar en razón, en efecto, lo trajo donde estábamos nosotros para reprocharnos nuestra poca fe.

7. Mas cuando llegamos a la celdita de aquel hermano que nos había rogado, recibidos con toda complacencia por él, descansamos.

5. Tras descansar junto a aquel hermano que tenía el monasterio como a una milla, nos recuperamos lo suficiente.

Relato sobre Amón

8. Entonces nos contaba que en el mismo lugar en donde habitaba hubo cierto hombre santo de nombre Amón, del cual él mismo era discípulo, por medio del cual el Señor hizo muchos prodigios. Así pues, entre otros relataba de él esto también.

5. Aquél nos explicó minuciosamente que en aquel lugar donde él se había instalado, había estado un hombre santo de quien fue discípulo, de nombre Amón, el cual hizo abundantes milagros en la zona.

9. Decía: “Frecuentemente llegaban hasta él ladrones para quitarle el pan, con el que únicamente se alimentaba, y algo que parecía reservado para una comida muy sobria, si había. Y, sufriendo frecuentemente molestias de parte de ellos, cierto día se marchó al desierto y, al volver de allí,

les ordenó a dos serpientes enormes que lo acompañaran y les mandó permanecer junto a la puerta del monasterio y custodiar la entrada”.

6. En muchas ocasiones los ladrones fueron contra él y le quitaron sus panes y sus alimentos. Uno de los días en que salió al desierto, Amón llamó a dos grandes serpientes para ordenarles que se quedaran en el lugar y vigilaran la puerta.

10. “Vienen los ladrones, como es habitual, ven quiénes están como custodios en el umbral; en cuanto los ven, espantados y enloquecidos, enseguida enmudecen y se desploman”.

6. Cuando los ladrones vinieron, según su costumbre, y vieron la maravilla, boquiabiertos de espanto, cayeron de bruces.

11. «Y cuando el anciano oye esto, al salir los encuentra medio muertos; acercándose y poniéndolos en pie, los increpa diciendo: “Ven cuánto más temibles son ustedes que las bestias, pues ellas nos obedecen a causa de Dios, pero ustedes ni temen a Dios ni se ruborizan ante la vida de los siervos de Dios”. Con todo, haciéndolos entrar en el monasterio, pone la mesa para ellos y les ordena tomar alimento» .

7. Y, una vez que salió, los encontró estupefactos y casi medio muertos. Tras restablecerlos, les reprochó: “Vean cuánto más salvajes son ustedes que las bestias. Pues mientras que ellas obedecen nuestras voluntades con ayuda de Dios, ustedes no temieron a Dios, ni los avergonzó la piedad de los cristianos”. Y, después de meterlos en la celda, les puso la mesa y les reprendió para que cambiasen su conducta.

12. “Pero ellos, arrepentidos de corazón⁵⁵ y convertidos de toda la inhumanidad de su alma, en corto tiempo se hicieron mejores que muchos que habían empezado antes a servir al Señor. En efecto,

⁵⁵ Cf. Hch 2,37.

avanzaron tanto por medio de la penitencia, que después de no mucho tiempo ellos mismos también hacían los mismos signos y prodigios”.

7. Ellos, arrepentidos al instante, se mostraron más fuertes que muchos. Incluso, no mucho tiempo después, se vio a aquellos ladrones realizar los mismos milagros.

13. “También en otra ocasión, cuando un inmenso dragón devastaba las regiones vecinas y mataba a muchos, vinieron hasta el padre quienes le suplicaban que hiciera desaparecer de sus regiones a la bestia”.

8. En otra ocasión, nos siguió contando que, como una gran serpiente estaba destruyendo una aldea cercana y matando a muchos animales, los que vivían cerca del desierto vinieron todos juntos al padre para pedirle que hiciera desaparecer a la bestia de sus tierras. Y él, como si no fuera capaz de ayudarles en nada, los hizo volver a casa afligidos.

14. “Y al mismo tiempo, para inclinar al anciano hacia la misericordia, llevan con ellos a un niño, hijo de un pastor, que aterrado con la sola visión del dragón había perdido la conciencia y era llevado exánime e hinchado por el solo aliento de la bestia. Entonces él, ungiendo completamente al niño con óleo, ciertamente lo restableció sano, pero, aun cuando se incitaba a sí mismo a la muerte del dragón, no les quiso prometer nada, como si en nada pudiera ayudar”.

11. Cuando la serpiente aún estaba viva, un niño pastor, al verla, se quedó en éxtasis y perdió el sentido. De este modo, el niño se quedó tendido todo el día sin respiración en el campo cerca del desierto. Cuando lo descubrieron unos familiares por la tarde, puesto que todavía respiraba, lo llevaron al padre, sin saber la razón por la que esto le había sucedido. Después de que Amón orara y le ungiera con aceite, el niño se puso en pie contando lo visto. El hombre, especialmente estimulado por sus palabras, se dirigió a destruir a la serpiente.

15. “Y levantándose temprano se fue tras los pasos de la bestia y clavó sus rodillas en la tierra suplicando al Señor. Entonces la bestia

empezó a venir sobre él con gran fuerza, emitiendo anticipadamente repugnantes soplidos, silbidos y chirridos”.

9. No obstante, el padre se levantó muy de mañana y se dirigió al camino de la bestia. Y cuando dobló las rodillas para suplicar por tercera vez, la bestia salió hacia él con mucha impetuosidad, lanzando un terrible jadeo, soplando, silbando y exhalando con dificultad la respiración.

16. «Pero él, sin temer nada de esto, vuelto hacia el dragón dice: “Cristo, Hijo de Dios, que ha de matar al gran monstruo marino⁵⁶, te mate”. Y cuando el anciano dijo esto, enseguida el terribilísimo dragón, vomitando todo el veneno junto con su espíritu, se partió al medio⁵⁷, reventado» .

9-10. Él, sin temer nada, se volvió a la serpiente y le dijo: “Te someterá Cristo, el Hijo de Dios viviente, el que va a dominar al gran monstruo”. Tras decir esto, súbitamente, la serpiente se abrió en canal, vomitando por la boca todo el veneno con la sangre.

17. “Y cuando acudieron los habitantes vecinos y quedaron estupefactos por la maravilla de lo realizado, al no soportar la fuerza del hedor, acumularon sobre aquella inmensos montones de arena, estando presente allí, sin embargo, el padre Amón porque ni así, aunque la bestia estuviese muerta, se atrevían a acercarse a ella sin él”.

10. Cuando llegaron los campesinos de día y vieron aquel gran prodigio, al no poder soportar el olor, cubrieron al animal con mucha arena, mientras el padre permanecía allí ayudándoles, pues no se atrevían a acercarse, aunque la serpiente estuviera muerta.

⁵⁶ Cf. Is 27,1.

⁵⁷ Cf. Hch 1,18.